UEDA

ANTOS

DE LA

EDIMIA

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

170
e HP

FL DRPS FA/0835
0500770450

148 fay unks fortich y 2 hoj
B.C

SALVADOR RUEDA

CANTOS

DE LA

VENDIMIA

MADRID
GRAN CENTRO EDITORIAL
Calle de Vergara, núm. 9.

1891

ES PROPIEDAD

Imprenta de R. Marco.—Vergara, 10
M ADRID

Al señor don Gabriel Ruiz de Almodóvar.

Mi querido amigo Gabriel: Durante nuestro trato amistoso, que deseo no acabe nunca, he sacado mucho provecho de los talentos de usted; he adquirido enseñanza de sus conversaciones; he experimentado deleite exquisito oyéndole tocar horas y horas la guitarra, y recreo sano y puro al realizar nuestras escursiones campestres, acompañados del siempre presente en nuestra memoria, Matías Méndez Vellido.

En débil correspondencia á esos beneficios que me proporciona su amistad, le dedico este libro, que le pido reciba usted con benevolencia.

Mucho la necesita su amigo que le quiere de corazón,

Salvador.

Madrid, Abril, 1891.

NOTA

Hará cosa de ocho meses escribí el presente libro, y tal como entonces salió de mis manos, lo remití á mi querido amigo don Leopoldo Alas, para que lo leyese, y, en caso de que lo mereciera, lo honrara escribiéndole un prólogo. De entonces acá, he corregido mucho la obra; suprimí diversas poesías, modifiqué otras, añadí alguna, y metí la pluma en no pocos versos. Puede decirse que este libro varía bastante, en lo accesorio, de aquél.

Que anduve atinado al suprimir, entre otras, la *sinfonía*, composición que encabezaba la obra, lo demuestran las malas ausencias que aquí le hace el ilustre crítico, cuyas censuras, como la poesía no existe, claro es, dan en el aire, con no

poca satisfacción mía. Pensaba haber enviado de nuevo al celebérrimo escritor mi libro, en pruebas de imprenta, y con las modificaciones que yo había hecho; pero antes de que pudiera verificarlo, á los ocho días precisamente de haber vendido la edición al señor don Emilio Gutiérrez, ví el prólogo de Clarín en un periódico de esta corte. Más que al público, debo esta leal aclaración al insigne autor de *La Regenta*.

Y ya que tengo la pluma en la mano, diré que no hube de explicarme bien al dar á entender en la poesía borrada, que las palabras *aleve, hado, parca, etc.*, no se deban usar en poesía; lo que hago es condenarlas como lugares comunes en composiciones donde se trae de la greña al *león ibero*, y no se deja de recordar al mundo atónito que en nuestros estados *no se ponía el sol*, y se canta en hemistiquios de yunque y mazo, el *nefando día* en que á España le ocurrió esto ó lo otro; todo lo cual, con las demás poesías que tengan el mismo *aire de familia*, me parece pomposa vulgaridad y ruido de nueces.

Para terminar diré, que soy el primero en reconocer, que al ponerse á escribir el prólogo el temido crítico, le cogió en uno de esos momentos

en que el espíritu se halla dispuesto á toda clase de benevolencias; no de otro modo me explico que en la síntesis final de su juicio, me coloque del lado adentro del lindero con que él separa á los tres poetas que reconoce en España, á don Manuel del Palacio, á don Ramón de Campoamor y á don Gaspar Núñez de Arce, los cuales forman su famosísima operación poético-matemática.

Nunca aspiré á tanto, y puede creer mi respetado amigo que su generosidad me servirá de persistente estímulo para el estudio y para el trabajo.

SALVADOR RUEDA.

CARTA-PRÓLOGO

Mi querido Rueda: hace más de medio año me pidió usted un prólogo para su colección de versos, titulada *Cantos de la vendimia*, inédita hasta ahora por culpa mía. Como yo le prometí el prólogo después de dar un vistazo á su obra, no se atrevió usted á publicarla sin tal requisito; y con una paciencia que nace de su modestia, ahí se está aguardando á que yo *sacuda la pereza* (!) ó me haga un erudito en poesía lírica de las cinco partes del mundo. No hay tal pereza ni tal erudición. Yo no aspiro á saber más de lo que sé, que es bien poco, de los poetas que en el mundo han sido, para cumplir mi

promesa; pero sí es verdad que quería, con ocasión de su libro, decir algo de lo que pienso acerca de la poesía lírica, á que doy mucha importancia, sobre todo en el pasado y en el porvenir. De este asunto capital del arte literario yo no he hablado hasta hoy directamente y con alguna extensión; la única vez que algo dije al caso fué al juzgar las comparaciones que Núñez de Arce establecía entre los poetas y los novelistas; y entonces lo que me tocaba no era el panegírico de la lírica sino la defensa de la prosa, y particularmente de la novela, maltratada por el ilustre autor del *Idilio*. Mi deseo, pues, es *cantar*, á lo crítico, aunque indigno, la poesía lírica, sacando sus excelencias de ella misma, no de la comparación con otros géneros. Pero esto exige algún tiempo; no para hacerse ya erudito en unos meses, como ciertas personas que para cada librito de sabiduría alquilan, como pudieran alquilar un hotel por temporada, una ciencia de un año, y vienen á parecer Merlines por

locución-conducción; exige algun tiempo para escribir materialmente, lo que se me ocurra y lo poco que yo sepa, y este poco tiempo es justamente el que me falta. En cuanto á la pereza ¡válgame Dios! Si yo fuera perezoso no comería.

De modo que, por ahora, se queda usted sin prólogo, lo que se llama prólogo. Pero como sucedáneo, y por no abusar más de su paciencia, le envío, por conducto de *La Correspondencia*, estas cuatro palabras; si le sirven póngalas en el vestíbulo de su libro; si no, alójelas en el arroyo, que como me decía á mí Echegaray en caso semejante, yo no las he de recoger. Suponiendo que usted quiera copiar todo esto en calidad de prólogo *interino*, continúo ofreciéndole, si le conviene, un prólogo de verdad, largo y tendido, con mis ideas, expuestas con toda latitud, acerca del género que usted cultiva con tanto cariño. ¿Para cuándo le ofrezco eso? Para cuando se publique la segunda edición de su obra. Si no llega á tal prueba

será que el público no la apreció en mucho, y en tal situación para nada necesita prólogos más refinados. Si como espero, los *Cantos de la vendimia* se publican otra vez, entonces me esmeraré cuanto pueda, para darles portada digna de ellos hasta donde yo alcance. Para esta coyuntura dejo también el usar del poder discrecional que usted me otorgó de cortar y rajar en sus versos á mi gusto, quitando y cambiando lo que me pareciese que merecía poda ó arreglo.

Tales facultades son de muy delicado empleo y también necesitaría yo el tiempo que no tengo para corregir sus versos según mi leal saber y entender. Ahora se los dejo como usted los parió. Tal vez, probablemente, estarán mejor así que después de meter yo las tijeras; pero es claro que no puedo *responder de ellos*, como hasta cierto punto podría si antes suprimiera lo que me parece que sobra y reformara lo que creo que admite fácil reforma.

En su libro, ya se lo he dicho privadamente, sobra, á mi entender, más de la mitad; no es que sobre la mitad de las poesías, es que si algunas de ellas no las veo dignas de figurar junto á las otras, las hay que ganarían mucho siendo más breves. Sabe usted, v. gr., por qué se lo he dicho, que la *mariposa* me parece una verdadera *poesía lírica*, porque en ella la idea va en la *música* y en las imágenes *cantadas*, y que la tendría por digna de ser modelo en su género si no tuviese más que las seis ó siete primeras estrofas y se le cambiaran cuatro ó cinco palabras por página. Tal como está su colección yo no puedo alabarla sin muchas y grandes reservas, pero sí digo con toda claridad, que hay en ella, si no composiciones enteras, versos, estrofas, *frases musicales* que me suenan á verdadera poesía y que tienen sello de novedad, sobre todo relativamente á nuestro pobre parnaso de la Restauración, que dá tantos *jóvenes diputados* y no dá poetas.

Una de las composiciones que usted su-

primiría, por mi gusto, es la primera, la *sinfonía* que parece un *mensaje* de la *corona* en verso. Es una fanfarronada crítico-lírica de pésimo gusto, y que de ningún modo refleja el *alma del poeta*, que es modesta, como ya he dicho más arriba.

A Zorrilla se le pueden perdonar, nada más que perdonar, esos manifiestos, ó mejor *prospectos* poéticos en que va diciendo los primeros que, en efecto, sabe hacer; pero usted, incapaz de alabarse en prosa ¿por qué ha de mostrar en verso pretensiones que en realidad no tiene? ¡Por cuanto diría usted en un prólogo *prosáico* que las páginas de su libro eran ardientes y tenían *luz brillante!* ¿Por cuánto le echaría los demás piropos del texto, á veces gallardamente expresados? La estrofa final es detestable por la forma y por las pretensiones, y por lo prosáico y fútil de la *salida:*

> Y quiero que la fósil
> escuela inútil-clásica
> en él no halle un *aleve*,
> un *hado*, ni una *parca*.

¿Por qué no *aleve?* ¿Cómo ha de llamarse sino aleve al que lo es, al que hiere *ad leven armaturam gerentem*, como diría Bardon?

¿Y qué mal hay en decir *parca* y *hado?* Peor es hablar de *cráteras* que no es palabra corriente en castellano y tiene otro modo poético de mostrarse.

Y además, ¿con qué derecho llama usted inútil á la escuela clásica? Pues esos cantos á la vendimia y de otras faenas poéticas del campo ¿quién los cantó hasta ahora mejor que los clásicos? ¿De dónde sino del clasicismo, aunque sin usted saberlo acaso, le viene la hoja de la tradición poética y retórica que usted aprovecha en sus imágenes y en sus cuadros? Lo que no es clásico, ni bueno, es la redundancia, la vaguedad de algunos contornos, la exageración nerviosa que en otras clases de poesía lírica está bien, ó por lo menos se disculpa; pero no en un libro de versos *naturalistas*, meridionales, que usted quiere que tengan hasta *grecas*.

El mayor defecto de la *sinfonía* es su falsedad, puesto que como ya va apuntado, no refleja el carácter de usted. Cuando Bandelaire desafía á los meticulosos que han de criticar sus versos (profetizando las censuras de Brunetiere) dice lo que siente, refleja sus pretensiones; lo mismo Víctor Hugo cuando promete el oro y el moro en punto á reformas poético-sociales; y con igual sinceridad habla Chenier, cuando pide lo contrario que usted, que se imite á los antiguos; pero usted, amigo Rueda, ni tiene pujos de reformista, ni aborrece en rigor la escuela clásica, que en España pocos han estudiado de veras; ni, sobre todo, es capaz de darse tono. Pues bien, esto es un gran defecto; un poeta lírico que no siente lo que dice, tiene mucho adelantado para no ser buen poeta, porque pierde en eso el tiempo que debía emplear en decir lo que siente.

Y no es sólo en la *sinfonía* donde veo este mal, sino en toda la *ópera* y en otras anteriores de usted y en las de los demás jóvenes

españoles que escriben hoy versos, y en muchos de los viejos también. Campoamor es á veces inferior á sí mismo porque escribe demasiado *frío* su filosofía poética. Es claro que la filosofía es inspiración suficiente para un pensador como él, pero no siempre á Campoamor le llega la filosofía al alma. Núñez de Arce no se diga, sus versos *trascendentales,* como se dice, bien ó mal han perdido mucho con el tiempo, y es porque don Gaspar siente poco las filosofías. Su duda era provisional como la de Descartes y no tenía el mérito de servir para el método; era un efecto de claro-oscuro. En cuanto á usted y otros poetas *descriptivos* tienen el grandísimo defecto de estar muchas veces *describiendo el diccionario* en vez de pintar, y mejor sería *cantar*, sintiéndola, la naturaleza. Le pasa en verso lo que á ciertos novelistas, como v. gr., la Pardo Bazán, en prosa.

Y, sin embargo, usted, amigo Rueda..., podía aspirar á otra cosa. Algunas veces hay en sus versos *andaluces* verdadero sa-

bor de la tierra; lejos de los tópicos *macarenos*, y que Dios me oiga, de que tanto abusan todos ustedes, y que les hacen escribir como *turistas* ingleses que manejaran las redondillas; lejos de la Andalucía, que sirve de maniquí á los literatos extranjeros que *nos pintan*, en calidad de *orientalistas* (cuando no de *africanistas)*, lejos de todo eso, usted á veces siente un latido del alma de ese país melancólico en sus explendores, misterioso todavía para el arte verdadero, que aún no ha visto, ni sentido, ni pintado dignamente, ni la Alhambra (1), ni la sierra de Córdoba... Pero no quiero adularle.

El asunto á que yo aludía ahora, lo que estaba pensando, es cosa que está naturalmente muy por encima de las fuerzas, y hasta del propósito de un joven como usted, tal como hasta hoy se nos ha mostrado en sus ensayos poéticos: pero en otra esfera me-

(1) La Alhambra de Zorrilla es un primor de poesías, de Zorrilla; pero sus excelencias no son del género á que yo me refiero aquí.

nos alta, y de que puedo hablar con claridad, sin largas disertaciones, espero que usted llegue á dominar la poesía naturalista (que tiene por inspiración la *naturaleza)* en el sentido de ser un sincero admirador y amador suyo, un *iniciado* en sus misterios, y esto no vagamente y á lo cosmopolita, si no á lo meridional de veras. Aunque no muchos, algunos indicios favorables á mi esperanza he visto en varias composiciones de usted, particularmante en unas pocas del libro inédito que tengo á la vista. Por esto no he buscado excusas para librarme de escribir este prólogo; por eso no le he mandado á usted, con los mejores modos, á freir ripios con los Grilos, Velardes, Cabestanys, etcétera, que *asolan* como decía Blasco, otro poeta, los campos mustios de nuestra poesía española.

No dirán mis enemigos ni los de usted, que le trato con poca severidad ni que me he vendido á los halagos de su excesiva benevolencia de crítico, para conmigo. Antes

temo que mi franqueza ha pecado de excesiva rayando en cosa fea, que ni de mí propio me atrevo á decir.

Usted verá si, tal como es, puede servirle para lo que usted quería esta carta.

Para concluir; yo le llamaría á usted poeta entero con mucho gusto y en cierto sentido, con la conciencia tranquila, pues ya sabe usted que me han *estereotipado* cierta frase, gracias á la fama que la dieron Valera y Campoamor y el berrinche que por ella se tomó Manuel del Palacio... Lo que no era más que una *manera de decir*, una *boutade*, se convirtió en fórmula de mi juicio acerca de los poetas españoles del día; y mientras no se olvide por completo lo de los *dos poetas y medio*, conténtese usted con figurar en mi aritmética crítira, entre las cantidades fraccionarias. Lo que sí afirmo es que no nació usted para ochavo.—Suyo,

CLARÍN

Á MISA

Á MISA

—Escucha, Teresa, ¿has visto mi faja?
—¿Qué faja?
—La nueva con fleco de grana.
—¿La de los domingos? metida en el arca.
—Sácala, Teresa, y de paso saca
el justillo verde, el calzón de pana,
la chaqueta negra con cinta rizada.
—¿Dónde vas, Antonio?
—Voy á misa, hermana,
que ya el campanario su repique lanza.
—¿A misa, ó á *verla?*
—Si va, cosa es llana,
si en misa la encuentro tendré que mirarla

—Tú vas por Inesa.

—No voy por su causa.

—Irás á que saque la jeta de á cuarta
y á que otra vez, tonto, desprecio te haga;
si yo en tu pellejo me viera, ¡caramba!
desprecio ninguno me haría la ingrata.
—¡Si tú fueras hombre, sintieras el ánsia
que yo siento y sufro mirando su cara!
—Porque eres un tonto, un cándido... Agacha
que no puedo «asine» sacarte la raya.
—Del cuello bordado de flores y tablas
los cinco botones abróchame, hermana.
—Abrócholos todos, y tengo tal rabia
que ¡Dios me perdone! con ellos te ahogara.
—Tan prietos los pones que poco le falta.
—Anda, y que la necia se ria en tus barbas;
anda, y que atraviese con rumbo la plaza,
moviendo su cuerpo vestido de galas,
sin dar á tu pena los ojos ni el habla.

—Quizás se conduela.

—No esperes su gracia,
más duro es su pecho que dura montaña.
—Vivir sin quererla no puede mi alma.
—Toma la chaqueta, allí están las calzas,
de aquellos claveles el más vivo arranca,
y tras de la oreja con tino lo engarza;
recoge el pañuelo, despliega la faja,
y ve á que esa necia se mofe en tu cara.

Y mientras bufando de cólera y rabia
Teresa masculla confusas palabras,
el hércules ciñe su cuerpo de galas
de Inesa, que adora, soñando en las gracias.

***

La plaza está llena de luz y alegría,
dan sendos repiques la gorda y la chica,

todo se enmaraña, todo se combina,
voces y campanas, pregones y risas.
Por el cauce de hombres que forman dos filas,
pasan las mozuelas puestas de mantilla,
y olor á alhucema y á salvia exquisita
llevan en la veste galana prendida.
Salados requiebros al paso les tiran
que llenan de rosas sus puras mejillas,
y al suelo bajando turbadas la vista
el paso menudo ligeras repican.
—¡Olé mi morena!—¡Olé mi chiquilla!
—¡Que pase la gloria humana y divina!
Y mientras galantes los labios suspiran
y es todo un contagio de franca alegría,
vése allá á la Inesa por la calle arriba
que cadereando viene á oir la misa.
Con muchos más mozos se aprietan las filas
y entrar en la plaza gozosos la miran.
Al llegar al hombre que amante suspira,

él, la capa echando al suelo que pisa,
dícele—¡«mis labios la capa serían»!
y ella solamente respóndele —¡«quita»!
El duro desprecio de la diosa altiva
al mozo de pena le roba la vista,
y el hércules siente que la frase esquiva
del alma doliente destroza las fibras.

***

Se alumbra la iglesia con luces de gloria,
flota el incensario en nube de aromas,
la gente apiñada contempla piadosa
el misal abierto, las flores hermosas,
y el altar brillante con sus luces rojas.
Nada hay que del mozo la tristeza rompa,
ni triunfal repique, ni sagradas formas;
de un ángulo triste metido en la sombra,

parece que escucha, pero solo llora.
Ante sus pupilas, como el agua entolda
el cristal brillante, la misa se borra.
Lacrimosos mira colores y notas,
dorados y luces, mantillas y ropas.
Cual si descendiera del templo la bóveda
sobre su cabeza, su ser se desploma.
El hércules rinde su firmeza toda
ante una palabra que el cielo le roba,
y fundiendo el bronce en lágrimas sordas,
echada en las manos la faz, llora, llora...

LA RIÑA

Al laureado poeta gallego

DON MANUEL AMOR MEILÁN

Por un moral gigante
que oculta un breve nido,
van á rasga-barriga
subiendo dos chiquillos.
Cada rapaz alegre
de una flauta provisto,
parece que á dar música
sube al frondoso sitio.

Dejándose en girones
los trajes suspendidos
de la corteza tosca
y de los tallos rígidos,
ocupan fatigados
el tronco, dividido
en dos inmensas ramas
que dan á opuestos sitios.
—Oye, ¡si descubriera
en el cogollo un nido!
dice el rapaz más grande
al sátrapa más chico.
—¿Me lo darías?
—¿Darlo?
¡si acaso dos metidos!
—Es que sabes la fuerza
que tienen mis nudillos.
—Y yo tengo, ¡caramba!
más maña, y es lo mismo.
—En fin, toca si quieres

en tu horroroso pito,
yo tocaré en mi flauta
y déjate de nidos.
Y una maraña empieza
de rumores melífluos,
de escalas desacordes,
y notas, y sonidos.
—¡Eh, Miguel, mira, mira!
exclama Ginesillo.
—¿Qué?
—Mira aquella rama.
—Y ¿qué hay en ella?
—¡Un nido!
—¡Verdad, quítate, deja!
—No he de dejar mi sitio,
antes la rama alcance
aquel que ande más listo.
Y empieza una carrera
de saltos y de brincos,

en que el moral desgaja
sus tallos quebradizos.
Por dos diversos lados
llegan á un tiempo mismo
al nido primoroso
de dos aves asilo.
Echa Miguel la mano
y échala Ginesillo
y dos sendos cachetes
se dan en los carrillos.
—¡Suelta, maldito, suelta!
—¡No le toques al nido!
—¡Mira que te echo al suelo!
—¡Mira que te derribo!
Y armándose las manos
de frutos encendidos,
furiosos refregones
se dan ambos chiquillos.
Como si echaran sangre

por boca y por oídos
prosigue la pelea
de los rapaces vivos.
Con un ramo de moras
dá el uno al otro chico
por cuello y por orejas,
por ojos y carrillos.
El otro se defiende,
y en medio del peligro
convierte en rojo mapa
la faz de su enemigo.
Hartos de pescozones
echado al suelo el nido,
los trajes hechos trizas
y ardiendo en saña y brío,
al suelo de dos saltos
bajan los dos caudillos
y empieza de cachetes
un más largo capítulo.

Cuando con más coraje
se zumban los hocicos,
tras el bardal cercano
les da el guarda un aviso.
Suspéndese la lucha,
habla el medroso instinto,
y antes que el guarda llegue
se alejan los chiquillos.

LA CANCIÓN DEL VINAGRE

Así dicen los átomos del odre en lo más hondo:
—Yo hiervo volteando en el oscuro fondo
donde á la espuma envuelve fantástico capuz:
mi fermentar ardiente, de la vendimia amena
canta con himno leve la rumorosa escena
que el sol caliginoso incendia con su luz.

Otra burbuja dice:—En la uva deliciosa
que chupa y saborea la abeja laboriosa
bebí la esencia pura del rico moscatel;
caigo en el plato tosco con agua de la jarra,
y floto en el gazpacho bajo la verde parra
que como pálio abierto me sirve de dosel.

Otro átomo susurra:—Yo canto los amores
que nacen bajo el toldo de pámpanas y flores
entre labriegos rudos que se aman con pasión;
y escucho á la cigarra de cuya lira rota
hiende la siesta de oro la soñolienta nota
que en lúbricos anhelos enciende el corazón.

—Mi voz canta á las playas—otra burbuja entona—
cuando en la mar inmóvil pliega su enjuta lona
la nave con los palos trazando inmensa cruz;
y miro los barqueros que tiran de la tralla
prendiendo blancos peces en la salobre malla
que enseñan las espumas al cándido trasluz.

—Yo sueño con el corro de fiesta bulliciosa
cuando el candil derrama su claridad dudosa
y canta una serrana de cuello de marfil,
y cuando en el fandango que tejen las mozuelas
resuenan las etruscas alegres castañuelas
al són del punteado arábigo y gentil.

—Yo de la higuera ardiente dormí en el recio tronco.
—Yo en la flotante parra.—Yo en el ceporro bronco.
—Yo en el racimo claro de perlas y coral.
Y todas las burbujas con furia volteando,
allá en el odre oscuro agítanse cantando
de la vendimia el himno magnífico y triunfal.

En tanto que las pasas retuestan los paseros,
baja cual chorro de oro el trigo á los graneros,
adorna la tijera el lecho con ardid;
y en el lagar de piedra donde se estruja el mosto,
bailan los hombres rudos el baile del Agosto
ceñidos con las pámpanas de la frondosa vid.

LA MARIPOSA

Vuela, vuela, vuela,
mariposa loca,
párate en las flores,
párate en las hojas.

Por el golfo de oro
de la ardiente atmósfera,
resbala trazando
figuras ilógicas.

Hélices del viento
son tus alas prontas,
que reman en mares
de lirios y rosas

Polvo de colores
tu túnica entolda,
y el sol con sus hilos
la teje y la borda.

Párate en las flores,
párate en las hojas,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

***

De la pasionaria
bella y dolorosa,
pósate en los clavos
que el cáliz adornan.

Salta á los martillos
poblados de aljófar,
que hay de la azucena
en la blanca copa.

Vuela á los jazmines
que en la reja asoman,
y sobre ellos tiende
tus alas sedosas.

De la campanilla
entra en la corola,
y en su azul columpio
mécete gozosa.

Pasa resbalando
por las zarzamoras,
salva las espinas
y toca las hojas.

Tiembla en los claveles,
titila en las rosas,
palpita en las juncias,
y en los lirios flota.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

***

Cuida que en sus hilos
las arañas toscas,
no enreden tus alas
de piedras preciosas.

Cuida que las manos
que á prenderte corran,
no toquen el polvo
que tu cuerpo dora.

Cuida cuando cruces
por la bella obra
del pintor brillante,
que el pincel te coja.

Cuida no te encienda
la luz que devora,
no te pille el pájaro,
ni el aire te rompa.

Gira siempre ráuda,
cruza siempre airosa,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

***

De la luz prodigio,
tus alas vistosas
se mueven y giran,
se alejan y tornan.

Flor-nave, te internas
del sol por las ondas,
y en ráfagas de oro
te pierdes y engolfas.

En tu cuerpo llevas
un himno de notas
doradas y azules,
moradas y rojas.

Si las alas juntas,
espíritu toda,
nada en el espacio
ocupa tu forma.

La luz te ha tejido
de sedas hermosas,
y la fantasía
tiene en tí su gloria.

Arte por el arte,
tu tendencia sola
es ser bella y pura,
es ser mariposa.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

RÍE QUE RÍE

Ríe que ríe; la rosa
en el capullo plegada,
se asoma leve riendo
por el botón de esmeralda.

Ríe que ríe; en el lirio
vierte la risa sus gracias,
y de la flor las despliega
sobre la copa morada.

Ríe que ríe; en el vivo
clavel de encendidas llamas
revienta alegre la risa
en explosiones de grana.

Ríe que ríe; mirando
perderse á dos tras las ramas...
¡suelta su risa á torrentes
la boca de la granada!

LA MARGARITA

Entre las flores del campo,
tú puedes ser la gitana;
margarita primorosa,
margarita delicada.

En torno al botón de oro
abierta está tu baraja,
que brindas á los que sufren,
y tiendes á los que aman.

En la soledad del campo
la pura virgen te arranca,
y te cuenta sus suspiros
y te consulta sus ansias.

—¿Me ama?—Pregunta á una hoja,
y á otra dice: «¿O no me ama?»
Y así recorre indecisa
una por una las cartas.

El mozo á quien no responde
el fuego de una mirada,
te hace en la naturaleza
horóscopo de su alma.

De tu lenguaje florido
pendiente está su esperanza,
y toma por evangelio
las hojas de tu baraja.

¿Quién no ha consultado ansioso,
¡oh margarita! tus cartas?
¿A quién tu buenaventura,
no ha hecho verter una lágrima?

En el valle donde creces
despliega á la luz tus gracias,
y guarda bien el misterio
que te dá ciencia tan alta.

Margarita primorosa,
margarita delicada,
entre las flores del campo,
tú puedes ser la gitana.

LAS GOTAS DE AGUA

Caen en el frágil yunque del manantial sonoro
las gotas como breves martillos de cristal;
para labrar la estátua gentil de la poesía,
los trémulos buriles unos tras otros dán.

En las doradas horas de la callada siesta
labran su blanco seno, sagrario del amor,
y forman de sus labios en el botón risueño,
el fuego impetüoso que enciende la pasión.

Cincelan por la tarde sus lánguidas pestañas
como un dorado velo de misteriosa luz,
y ponen fugitivos reflejos y desmayos
en sus pupilas hondas de entonación azul.

Bruñida su tez pálida con nieve de la luna,
cuando despierta el alba las hojas del clavel,
la gota que resbala como un buril de perlas
esculpe entre sus labios la risa del placer.

Caen en el frágil yunque del manantial sonoro
las gotas como breves martillos de cristal;
para labrar la estátua gentil de la poesía,
los trémulos buriles unos tras otros dán.

COLLAR

Como granos de rubíes
de encendidas y de hermosas,
entre las uvas sabrosas
son las uvas marbellíes.

No es su entonación trigueña
cual la del grano vistoso
lleno de jugo sabroso
que dá la pasa rondeña.

Más luminosas y ufanas,
en ellas juntos se vén
el jugo Perojimén
y el de las cepas tempranas.

No sé si de *bello mar*
viene el nombre peregrino,
tomando del mar divino
que va *Marbella* á besar.

Pero sé que los rubíes
son entre piedras hermosos,
como entre frutos sabrosos
son las uvas marbellíes.

A las nobles moscateles
vencen en limpios cristales,
en tamaño á las parrales,
y en color á las cabrieles.

Es mi fruto favorito,
y mejor el labio moja
que la uva dulce de Loja
el corazón de cabrito.

Ninguno ofrece los bienes
que él, entre finos manjares;
no valen uvas mollares,
doradillas, ni lairenes.

Lo digo; son los rubíes
entre las piedras hermosos,
como entre frutos sabrosos
son las uvas marbellíes.

PERSPECTIVA

Tasara está ceñida de parras y de flores
y da sobre las vistas de Málaga y del mar.
Peñón del oro un tiempo llamóse, y *Miraflores*,
y nada hay más hermoso que puédase mirar.

La vid frondosa y bella que cuaja perlas de oro
la cerca con paisajes bañados de esplendor,
y como alegres fláutas en delicado coro
cantan las verdes cañas sus églogas de amor.

Abre la egregia cola junto á la vieja cerca
mostrando sus cien plumas el libre pavo real,
y el grueso caño tiende sobre la grande alberca
radiantes cortinajes de luz y de cristal.

En la bodega noble donde en tiniebla suma
escalan los toneles el negro paredón,
señala el vino nuevo con su canción de espuma
su anhelo generoso y arranque de pasión.

Se aventa en la era ardiente la parva luminosa
que flota en chispas vagas como un llover de luz,
colúmpiase en la rama la jarra lacrimosa,
y el toldo de hojas forma el nimbo de un capuz.

Cubren los altos muros fresquísimos parrales
con uvas como el ámbar en bella confusión,
y al huerto y á la fuente conducen los rosales
abriéndose en hileras como una procesión.

Sobre el paisaje alegre, lleno de luz dorada,
la atmósfera se extiende como un inmenso tul,
y Málaga parece una ciudad bordada
con torres y alminares sobre la mar azul.

¡Oh asilo delicioso! ¡oh mágica vivienda
en donde vive y crece mi afecto familiar!
feliz tú que te elevas como una blanca tienda
sobre los patrios montes y junto al patrio hogar.

Cuando en la corte vana recuerdo tu hermosura
quisiera de tus campos gozar el esplendor,
bañarme de tus noches en la fragancia pura
y acariciar mi oído con tu ideal rumor.

Por donde voy, me sigue como memoria tierna
tu imagen, que en mi pecho conduzco en un altar,
¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
el coro que tus árboles entonan á la mar!

EL RUIDO DE LOS ÉLICTROS

Se dió en los lagares descanso á los cuerpos,
se echaron los toldos de tablas y lienzo,
apagóse, mustio, el sol en los cerros
y alzan en el campo su ruido los élictros.

Ya del muerto día no brilla un reflejo,
lanzan las esquilas rumor soñoliento,
se van difumando peñascos, senderos,
cascadas y ríos, laderas y huertos.

Tras de los vallados medrosos y negros,
zarzalea el buho y exhala su acento,
el sapo remueve su viscoso cuerpo
y tijeretean los leves insectos.

Todo toma visos de imposible sueño,
las cosas varían de forma y de aspecto,
la sombra es más densa, y todo está lleno
de rumor vibrante de confusos élictros.

***

Sobre la veleta de oxidado hierro
un duende parece que agita su cuerpo,
ronda el campanario con torcido sesgo
deforme aguilucho de plumaje negro.

En las rotas tapias del casuco austero,
los seres que dicen agítanse dentro,
las grietas ocupan, espantos fingiendo,
y hacen gestos mudos y carnavalescos.

Las hondas cañadas se pueblan de espectros
que van la hojarasca ruidosa moviendo,
y en el aire flotan y nadan revueltos
los medrosos ruidos de los broncos élictros.

***

Las cosas del día que encerró el cerebro
aleja y disloca confuso el recuerdo;
de lejana fecha parecen remedo,
algo de otra vida, algo de otro tiempo.

A esa hora levantan las fuentes sus rezos
y es la en que se queja más triste el enfermo,
midiendo, abrazado con ansia á su cuerpo,
de la oscura noche lo largo y lo eterno.

Las voces que exhalan los errantes perros
de lo lejos vienen cual débiles ecos,
y aturde el oído el vago concierto
y el vibrar constante de los vagos élictros.

***

Allá en las estancias del palacio viejo
cruje el maderamen de los altos techos,

y en la vidriera sin luz ni reflejos
pica atolondrado el pájaro ciego.

La noche diabólica sus raros misterios
pasea en desfile macábrico y negro,
y la extraña danza de cosas y sueños
prosigue al confuso rumor de los élictros.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
y baile al són de tu cantar la mosca,
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la yedra que á la vid se agarra
y en su cortina expléndida te embosca,
recuerda el caño de la fuente tosca
y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élictros fatiga,
canta del campo el productivo costo
ébria de sol y del trabajo amiga.

Canta, y excita el inflamado Agosto
á dar el grano de la rubia espiga
y el chorro turbio del ardiente mosto.

DESPOSORIO

Llena la sién de espigas y de rosas,
del rojo sol eterna apasionada,
la tierra, ruborosa desposada,
con él celebra dichas amorosas.

Ante el altar las manos temblorosas
enlaza la pareja emocionada,
y murmuran el *sí* con voz alada
céfiros y divinas mariposas.

De entre las galas de la ardiente esfera,
un himno á los espacios solitarios
todo axhala vibrando por doquiera.

Y entre el gemir de los acentos varios,
ondula la flotante enredadera
meciendo sus azules incensarios.

LA FIESTA

A mi célebre amigo

DON EUGENIO R. ESCALERA, *(Monte-Cristo.)*

¿Qué cuadro es el que cubre
la fértil enramada
en cuyas frescas hojas
el aire ríe y canta?

¿Acaso de Penélope
junto á la rica estancia
los pretendientes bellos
hacen errar la crátera?

¿De Ulises en ausencia
beben, comen y bailan
mientras la tela dócil
teje la esposa casta?

¿Qué gritos de alegría
arrojan las gargantas
por donde pasa el vino
en bocanadas áureas?

Al engendrar la risa
los tórax se dilatan
mostrando el torso rudo
de sólidas estátuas.

Hay en los pechos brío,
amor en las palabras,
en el ambiente fuego
y en las pupilas ánsias.

¿Quiénes son los que alegres
forman la fiesta clásica?
¿Griegos? No, campesinos
de la graciosa Málaga,

que en vez de fiesta griega
como en la Odísea magna
describe el grande Homero,
celebran viva zambra.

Se dió ya en los paseros
de mano á la jornada,
y el baile de la tierra
despliega luz y gracia.

Un mozo como un bronce
puntea y enmaraña
los dedos en las cuerdas
de artística guitarra.

Otro los roncos crótalos
suena á compás que estallan
los de la linda moza
que á su presencia baila.

Otra mozuela entona
rondeñas y murcianas,
y todos los restantes
á coro baten palmas.

Cuando una copla empieza
otro cantar acaba,
no hay punto de reposo
y ríe el que no habla.

Todo en redor se agita
de la dorada llama
que dá el candil haciendo
de mortecina lámpara.

Y rebosando vino,
de labio en labio pasa,
en vez del vaso griego,
la primorosa jarra.

LA CHUMBERA

Los verdes chumbos abren
sus flores amarillas
sobre corteza armada
de débiles espinas.

En derredor la abeja
su leve trompa vibra,
y círculos describe
con alas fugitivas.

De pronto sobre un pétalo
detiene su codicia
callando el són agudo
de su campestre lira.

Intérnase en el cáliz,
copa que mieles brinda,
tras la que leve mana
en gota dulce y tibia.

Gozosa brujulea
dentro la flor amiga,
y duende de sus hojas
las gusta y examina.

En esto, un niño alegre
que al cáliz se aproxima,
tras el chupón meloso
los dedos encamina.

La abeja que los siente,
el aguijón enristra,
y el índice de rosa
clava zumbando en ira.

Gime el rapaz goloso,
y nublas sus pupilas,
la mar, la tierra, el cielo
tras de su llanto mira.

LOS HILOS DE ARAÑA

Sus toscos telares tienden las arañas
desde las chumberas á las cornicabras.

En la red brillante de hebras platëadas,
las moscas cerdean cautivas sus alas,
y el vampiro horrendo que su cuello clava,
de la sangre chupa hasta verla exhausta.

El nidal de nieve que los hilos atan,
el capullo enseña del ovário estancia;
millares germinan en su tela blanca
de arañas que prontas tejerán su randa.

Los niños recojen las fofas crisálidas
rompiendo el tejido con palos y cañas,
y abren el capullo que el misterio guarda,
y un tropel se agita de breves arañas.

En la siesta de oro ocupan su malla
las patas abiertas, colgando la panza,
columpio á su cuerpo haciendo las zancas
y abiertos los ojos que vivos irradian.

Del insecto leve que su nota lanza
miran si la trompa se enreda en la gasa,
y cuando los vuelos á las hebras ata,
corren por el lienzo á cojer la caza.

En los hilos ténues la luz se derrama
y engendra matices y líneas doradas,
destellos pajizos por púrpura cambia,
por blancos carmines y verdes por grana.

En su tela agrupa la flotante amaca
los bellos colores del vívido nácar;
y si el toldo tiembla, la luz por él pasa
rubí, perla y oro, azul, rosa y ámbar.

EN LOS OLIVARES

(Recordando á Losada)

—¿Qué haces linda Rosa,
sola en este sitio?
¿Qué hace aquí la reina
del cariño mío?
Cara más preciosa
nadie la ha tenido;
talle más cenceño
no lo muestra un lirio.
Nadie me convence
de que tus hechizos
en una pintura
yo no los he visto.
¡Vaya una garganta!
¡Vaya un pie bonito!

los ojos ¡qué grandes!
los dientes ¡qué chicos!
Celos de mirarte
tengo en este sitio.
—¿De veras?
—De veras,
por eso lo digo.
—Pues estoy mirando
la flor del olivo.

—De los olivares
en lo apartadito
un secreto, Rosa,
dejara en tu oído.
—Me dá mucho miedo.
—En yendo conmigo...
—De los espantajos
menos me confío.
—¡Válgame Dios, niña,

cuánto gesto esquivo!
Sabes que estoy siempre
soñando contigo,
sabes que si aliento,
sabes que si vivo,
es porque te adoro,
es porque te miro.
—Y ¿qué es lo que quieres
decir á mi oído?
—Se llama el secreto
la flor del olivo.

—Toma de él un ramo
Rosa, bien bonito;
póntelo en el pelo
en recuerdo mío.
—Mejor en la boca,
que en ella cojido,
así, entre los dientes,

le daré martirio.
—Como haces, ingrata,
como haces conmigo;
¡Ignora tu pecho
que por él suspiro!
Pero yo te juro
por lo más divino,
Rosa de mi alma,
luz de mi albedrío,
que gustoso fuera
por tocar lo lindo
de tus labios frescos,
la flor del olivo.

—Una verdad nunca
los tuyos han dicho;
tú eres como todos,
cojo, y luego olvido.
—Que me enclaven, Rosa,

lo mismo que á Cristo,
si entera mi alma
en tí no la fío.
Así de tu boca
gustara lo fino
como que te guardo
mi entero cariño.
Deja darte un beso.
—¿Un beso me has dicho?
¡anda allá, goloso,
y límpiate el pico!
La flor que se arranca
del tallo nativo
jamás logró luego
volver á su sitio.
—¿No te doy el beso?
—¿Qué has de dar inícuo?
cuando eche canela
la flor del olivo.

—¿Y si yo lo pongo?
—¡Apártate, ó grito!
—Déjame que acabe,
si lo pongo, digo,
no en tu fresca boca,
no en tus labios finos,
no en tu cuello blanco,
ni en tus negros rizos;
si yo pongo el beso
con dulce cariño
sin rozar el nácar
de tu rostro lindo,
sin tocar tu cuerpo,
sin ajar tu hechizo.
—¿Cómo entonces?
—¿Cómo?
pues es muy sencillo,
besando en tu boca
la flor del olivo.

—¡Graciosa ocurrencia!
—¿Lo quieres? insisto.
—Si fuese algo cierto
de cuanto me has dicho...
—¿Dudas que te adoro
igual que á Dios mismo?
—Si en mí no has de darlo,
el caso es distinto,
porque es la que besas
la flor del olivo.

—¿Consientes?
—Consiento,
pero es si sumiso
ante el cielo juras
casarte conmigo.
—¡Lo juro!... Ahora toma
un beso, tres, cinco...
Besos he de darte

besos de cariño,
que al cuello te dejen
collares prendidos.
cuenta, Rosa, cuenta,
uno, dos, tres, cinco...
. . . . . .
En cuanto á casarme.
me uniré contigo...
cuando eche canela
la flor del olivo.

«CANDILAZO»

Por la erguida cresta de negra montaña
viene la tormenta ceñuda y airada;
le antecede el viento que dobla las cañas,
cimbrea los juncos y agita las parras.

Chispazos de lluvia vibrando se clavan
en el suelo, ansioso de frescura y agua;
las tejas repican con voces cascadas,
y dan las veletas sus notas metálicas.

El duro granizo extiende y desata
de cables tendidos la sábana blanca,
y las fuertes cuentas rebotan y saltan
en árboles, piedras, paseros y casas.

Del plátano verde por las hojas anchas,
alzan los granizos sonoras escalas;
la parra es un tímpano que vibra y que canta,
el sáuce una lira, y el álamo un arpa.

Las voces de auxilio que tristes se exhalan,
en ruido de vientos perdidas cabalgan;
deshecho su idilio, los pastores vagan
tras de sus dispersos rebaños de cabras.

Es todo un lamento, un llover de lágrimas,
batallan los vientos con la fuerza humana,
y la luz funesta del trágico drama
es la del relámpago que lívido pasa.

***

De la lluvia luego, pacífica y mansa,
el eco uniforme resuena en las ramas;
el iris brillante que enciende sus bandas
con arco de triunfo los cielos escala.

Brilla el *candilazo* en huertas, montañas,
collados y rios, laderas y playas;
la mar resplandece á fuego dorada;
los lagos son oro, las crestas son llamas.

Muestra el horizonte candelas de grana;
el cielo se incendia; los montes se abrasan;
destellan las fuentes, y en ellas igualan
corales las piedras, rubíes las aguas.

***

Cuando lejos suena la recia tronada,
entre el candilazo que todo lo inflama,
sobre los granizos los niños se agarran
para hollar la alfombra de perlas nevadas.

LA CLUECA

Todo en la siesta
se rinde al sueño
menos las mozas
en los paseros;

menos las mozas
y los polluelos
que de la clueca
forman cortejo.

De los tejados
por los aleros,
de los chocines
bajo los techos,

entre las uvas
de claro seno,
y por las pasas
y los fruteros,

la avispa, el tábano,
la mosca, el terco
sutil mosquito
de leve cuerpo,

todo lo llenan
de varios ecos,
de alas vibrantes
y abejorreos.

Quieto el canario
mira suspenso
del campo verde
la luz y el fuego.

La vid compone
con sus sarmientos
mustia corona
de rostro ébrio.

Las madre-selvas
mecen sus flecos
cabeceando
de dulce sueño.

De las paredes
en los extremos
las lacias rosas
se dan los pétalos.

Cansancio lúbrico
bate los pechos,
el campo duerme,
todo es silencio:

sólo la clueca
levanta un eco
llamando á veces
á sus polluelos.

***

La olla que hierve
con ritmo lento,
lanza á la vida
su canto eterno.

El perro enarca
su lomo crespo,
y al lobo imita
su desperezo.

Por la ventana
se ve á lo lejos
la tralla lenta
de los barqueros;

todos encorvan
el torso recio,
y tiran, tiran
del copo inmenso.

De entre las olas,
de tiempo en tiempo,
salobres átomos
conduce el viento.

Siguiendo el rumbo
del manijero
van las cuadrillas
á los paseros;

y cuando pasan,
van esparciendo
vigor robusto
y olor de cuerpos.

La siesta aviva
su fosco incendio,
y entra en los ojos
el blando sueño.

Las ramas tristes
penden cual velos,
el campo duerme,
todo es silencio;

sólo la clueca
levanta un eco
llamando á veces
á sus polluelos.

LA ZORRA

Es la medianoche,
los cortijos duermen,
olor á vendimia
inunda el ambiente.
Del campo los hombres
guardadores fieles
cerca de los frutos
sus camastros tienden.
Enseña la luna
su círculo leve
que en el cielo claro,
sereno se mece.
A lo lejos ladran
los hoscos lebreles

que en lóbrega ronda
las casas defienden.
Es la medianoche,
y empiezan alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

La zorra, que acecha
tras la mata verde,
escucha los ruidos
que del pueblo vienen.
Astuta y callada
del monte desciende
y pone el sigilo
en sus pasos leves.
Calles solitarias
y mudas paredes
encuentra en su marcha,

que apenas se siente.
Si algún eco triste
el aire conmueve,
su cuerpo azorado
cobarde estremece.
Ya mira la tapia
que el corral defiende,
antes examina,
duda, retrocede;
afronta el peligro,
y de un salto asciende
y cauta domina
los tapiales fuertes.
Blanquea la luna
los rojos claveles
que el fresco y ufano
corral embellecen.
En el pueblo todo
ni un ruido se siente,

su sueño profundo
el rústico duerme;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

En largos renglones
las gallinas tejen
el hilo del sueño
fantástico y leve:
las crestas rojizas
bajo el ala meten,
y en el tosco palo
un pie las sostiene.
Del serrallo mudo
los lujosos reyes
los ojos abaten

y al sueño someten;
su túnica hermosa,
plegada aparece
como traje regio
tras fiesta solemne.
Nada el dormitorio
turba ni conmueve,
el reposo dulce
sus alas extiende;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

De otro largo brinco
la zorra desciende,
y la leña cruje
al porrazo fuerte.

Temerosa un punto
su marcha detiene
y la puerta mira
que se cierra enfrente.
Luego, paso á paso,
medrosa se mueve,
y en el gallinero
callada se mete.
Nada en él al pronto
se escucha ni siente;
luego un cacareo
el silencio hiende;
después suena un eco
que el espanto acrece;
y cual si estallaran
tres mil cascabeles,
unos graves, otros
agudos y fuertes,
un estruendo surge

que el viento estremece,
cantos de agonía
y gritos de muerte.
Al inmenso ruido
ladran los lebreles,
los perros despiertan
al asno que duerme,
al dueño el pollino,
el amo á la gente,
y armados de trancas,
de filos que hieren,
los unos pistolas
mostrando valientes,
los otros trabucos
con carga de siete,
se lanzan los hombres
creyendo que vienen
ladrones en banda
á darles la muerte.

Del corral la puerta
á un empuje cede,
y se precipita
en medio la gente.
Mas todo en vergüenza
y en risa fenece
viendo huir la zorra
con pisada leve,
que al trasluz enseña,
desde un caballete,
del hocico tosco
dos aves pendientes.
Luego comentarios
sobre el caso vienen,
uno que vió zorras,
otro que vió duendes.
En tanto en las rejas
prosiguen alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

LA COLMENA

A mi ilustrado amigo
DON ANTONIO SANCHEZ BALBI.

En su cláustro oscuro
poblado de celdas,
igual que las monjas
viven las abejas.
—Hermana querida,
—exclama una de ellas—
permitid que salga,
que hay una azucena
esperando darme
no sé qué fineza.
—Pase—le responde
la hermana portera.—

—En un huerto lindo
—exclama otra abeja,—
un lirio me aguarda
muerto de impaciencia.
—Pase, hermana, pase,
—repite la vieja.—
—Derramando olores
en una maceta,
me espera una rosa
á la luz abierta.
—Salga, hermana, salga,
y que pronto vuelva.
—A un clavel brillante
que un jardín recrea,
arreglarle tengo,
hermana portera,
pistilos y estambres
que ansiosos se enredan.
—¡Qué escándalo, hermana!

¡Jesús, qué vergüenza!
Vaya, y que termine
la amante contienda.
—A una margarita
que la muy parlera
ha echado las cartas
á una niña bella,
y la niña llora
contraria respuesta,
tengo que ir á darle
una reprimenda.
—Pase, hermana mía,
¡Dios me dé paciencia!
—Hay una magnolia
con aire de reina,
que el viento en su tallo
meloso cimbrea;
su cáliz no tiene
las hojas abiertas,

y el sol, para abrirlas,
carece de fuerza.
¿Voy á abrirlo, hermana?
—¡Bendito Dios sea!
¡Válme Jesucristo!
¡que esto aquí suceda!
Ande la mundana
y abra lo que quiera.
—Me tiene citada
para echar la siesta
en su lindo seno
una madre-selva.
—¿Por fuerza han de oirse
estas desvergüenzas?
Vaya, y que aproveche.
Nada, es cosa hecha;
esta tarde misma
ceso de portera.

Así están las vírgenes
dentro de las celdas,
dentro de su cláustro,
con la diferencia
única y precisa
de que en la colmena,
unas monjas salen
y otras monjas entran.

LA CAJA DE PASAS

Rimando los racimos de almibaradas pasas
están los llenadores junto á las verdes cañas;
el lecho es una estrofa que la tijera labra
como una sabia lira de la armonía plástica.

En él unos reglones á otros renglones calcan,
un hemistiquio dulce á otro hemistiquio iguala;
informa una cadencia los lechos de la caja,
y en ella son iguales las rítmicas estancias.

Gozando de la sombra de la paterna casa
que abrazan los rosales y besan las campánulas,
¡cuántas labré de lechos estrofas delicadas
antes de componerlas de músicas palabras!

Acaso la armonía por eso me es innata;
acaso su cadencia por eso va en mi arpa,
porque rimé á la sombra de la paterna casa,
que abrazan los rosales y besan las campánulas.

LAS SEMILLAS AÉREAS

¿Dónde vais flotando
semillas errantes
cruzando las ondas
movibles del aire?

¿Buscáis, peregrinas,
nacer en distantes
remotos países
que no ha visto nadie?

¿Qué flores conducen
vuestros senos frágiles?
¿lleváis negras hojas?
¿lleváis blancos cálices?

¿Pararéis el vuelo
sobre el mar flotante,
y veréis la flora
que en su fondo nace?

¿Daréis en los picos
ceñudos y graves
que á los montes ciñen
corona triunfante;

y allí de una piedra
en las rotas fáuces
una flor no vista
abriréis al aire?

Cruzar con vosotras
quisiera los mares,
y ver otros cielos
de estrellas más grandes.

Quisiera en las peñas
altivas y audaces,
más ámplias auroras
mirar desplegarse.

¿Qué flores conducen
vuestros senos frágiles?
¿lleváis negras hojas?
¿lleváis blancos cálices?

LOS RASTROJOS

Se extienden en el campo
los áridos rastrojos
como una tosca randa,
como un bordado tosco.
Anémicos reciben
el sol vivo y furioso,
mostrando de su vida
los míseros despojos.
Por esas rotas venas
que hinchó Mayo amoroso,
subieron las espigas
de gránulos de oro.

Entre sus verdes matas,
llamando al macho afónico,

lanzaron las perdices
sus cacareos roncos.
Las blancas margaritas
de pétalos vistosos,
cambiaron en la noche
sus íntimos coloquios.
Ellos, entre los tallos
que muestran al sol rojo,
labraban sus espigas
de gránulos de oro.

Congestionada y bella,
como un gentil adorno
vistióles la amapola
con su sanguíneo tono.
Ya no se peina y riza
del aire al blando soplo
la superficie undívaga
con su rumor sonoro.

Ya al viento no saludan
con cabeceo airoso,
las trémulas espigas
de gránulos de oro.

En ellas la hostia duerme
su sueño religioso,
y sueña con el cáliz
que es su divino trono.
Al primoroso estuche
prendieron los rastrojos
gotas de luz cuajadas
como rubíes rojos.
La escala fueron ellos
por donde Dios piadoso
subió hasta las espigas
de gránulos de oro.

LA SIESTA EN LA CIUDAD

Al notable escritor

D. Nicolás María Lopez.

Granada, en la siesta, doblégase al sueño,
la vega se baña en olas de fuego,
la cal resplandece los muros tiñendo
y ofusca los ojos con brillo de incendio.

La luz, exaltada cual ojo epiléptico,
alumbra las casas, abrasa los huertos;
á plomo el sol hiere repisas y aleros,
y sombras dentadas dibuja en el suelo.

Del húmedo algibe la pared cubriendo
teje el *culantrillo* su enredado velo,
y está, sibarita, el agua en su lecho,
como en blanda cama de cristal durmiendo.

La fuente del patio arábigo y fresco
con són uniforme recita su verso:
canción aprendida de vate agareno
que puso á las rimas *leyenda del sueño*.

Allá, en el paisaje dorado y espléndido
los álamos cantan no se qué misterios;
parece que amantes están repitiendo
de Bïón y Mosco los pasajes griegos.

Engarabitada sobre el muro viejo
la parra sacude sus pámpanos trémulos,
y su monocordio la cigarra hiriendo
le dice al racimo: «madúrate presto.»

La limpia garrafa del hombro pendiendo,
y al cinto el estuche de anises repleto,
van los aguadores en tropel vendiendo
agua de la Alhambra, fresca como el hielo.

Los chumbos pajizos, panales abiertos
de tonos de ámbar y pétalos recios,
extienden sus flores por valles y cerros
orlando las pencas de extraño arabesco.

Doquiera del agua se escuchan los ecos
que van resbalando por sitios secretos;
parece al oirlos en alma en suspenso
canción subterránea de gnomos y genios.

En el bello cármen de explendor cubierto
detrás de la hoja se ampara el insecto,
jadea en el nido el pájaro inquieto,
y zumba la mosca pasando y viniendo.

La ciudad dormita su forzoso sueño,
relumbran las calles; se extinguen los ecos;
y entre el sol que abrasa canta un pregonero:
¡Sandías del Soto! ¡rajás, como el fuego!

LOS MURCIÉLAGOS

Pardos, rabicortos,
anguliquebrados,
amigos de ruinas
y de campanarios,
los libres murciélagos
salen de su cláustro
apenas la noche
invade los campos.

De las anchas huertas
sobre los naranjos
enlazan y enredan
sus vuelos extraños;

desde un tramo giran
hasta el otro tramo,
siempre describiendo
su trémolo ráudo.

Los niños que acechan
atentos su paso,
las cañas agitan
en el libre espacio;
y si un ave horrenda
derriban al cabo,
juntan á los gritos
los locos aplausos.

Mitad ave extraña,
mitad mónstruo infausto,
viven con los duendes,
hablan con los trasgos.

En sus toscas grietas
siempre solitarios,
el sol es su noche,
las sombras sus rayos.

En los viejos muros
de los campanarios,
las ánimas lentas
escuchan temblando;
y del retorcido
caracol colgados
miran los cordeles
pender oscilando.

De la oscura iglesia
por los negros arcos
extienden inquietos
su vuelo fantástico;

baten la corona
de los mudos santos,
y el polvo levantan
de los viejos cuadros.

Son de la lechuza
compañeros caros,
y del hosco buho
medrosos hermanos;
con ellos se pasan
la noche volando,
y al llegar el día
se van á su cláustro.

VIDES Y MIESES

Las mieses y las vides sus frutos dan á un tiempo,
las mieses sus espigas, sus uvas los sarmientos;
el sol seca el racimo dorando los paseros,
y el haz deja en las eras los rubios granos sueltos;
guarda la caja el fruto de los parrales frescos,
y el *troje* lo que lanza la siega de oro y fuego.

EL GAZPACHO

Formando alegre corro
bajo los verdes pámpanos,
labriegas y labriegos
se comen el gazpacho.

La parra los cobija
con su dosel de ramos,
y brindan los racimos
belleza y gracia al cuadro.

LA SEQUÍA

Al popular escritor
SANMARTÍN Y AGUIRRE

Secóse el agua en la fuente
y sobre el campo la yerba;
un espectro calcinado
finge la naturaleza.

El sol derrama su lumbre
sobre las áridas peñas,
y los pájaros se abrasan
cuando se posan en ellas.

Agostados los arroyos
muestran su cálida arena,
donde la yerba se extingue
apenas el sol la besa.

A la sombra de los juncos
que los cinifes rodean,
la anfibia rana se oculta
y con los estanques sueña.

Los gusarapos oscuros
en el fango brujulean,
y los sutiles gusanos
que se nutren de la tierra.

Los pájaros en las ramas
abiertos los picos muestran,
y hace *palpitar* sus plumas
su respiración ligera.

Una ancha mosca que imita
á la cantárida bella,
zumba en el fuego dorado
del sol que sus alas tuesta.

Alzan del suelo ardoroso
los carizos sus cimeras,
sus secas puntas las cañas,
y los espinos sus crestas.

De los perros calurosos
que jadeantes rastrean,
parecen, al sol sacadas,
de rojo fuego las lenguas.

En las puntas de las torres
chasca el pico la cigüeña,
el avïon se rebulle
en su estrechísima grieta.

La mar que al fondo se extiende
irradia inmóvil y muerta,
y finge arenas de plata
por que el sol se tiende en ellas.

Entre su pelo metidas
las agujas de la media,
la vieja tiene acostada
en su pecho la cabeza.

Un incendio prolongado
abrasa el cielo y la tierra,
no hay una brisa en las ramas,
no hay en el mar una vela.

Solo la mosca que imita
á la cantárida bella,
baila en el fuego dorado
del mismo sol que la tuesta.

EL GUSANO DE LUZ

Como una estrella lindo,
luciente como un áscua,
va con su luz acuestas
del cáliz á la pámpana.

En su invisible cuerpo
no puso Dios su gracia,
pero le dió luz propia
que de su ser es alma.

Brillante hermoso y vivo,
á su rival agravia
que en los salones regios
vive con luz prestada.

Luz con divino espíritu,
por los jardines vaga,
y estrella de las flores
las dora con su llama.

Tiene por bello asilo
los cálices de nácar
que le abren amorosos
sus mágicas estancias.

Su ambiente es el aroma
de flores delicadas,
y encima de los pétalos
con ellas se embriaga.

Él los misterios sabe
que en cada flor se guardan,
por qué es azul el lirio,
y la azucena blanca.

Él sabe los secretos
y las amantes ansias,
que los pistilos dulces
á los estambres atan.

Él sabe por qué impulso
la rosa se desata
en series yustapuestas
de pétalos de grana.

Por qué el clavel destroza
su broche de esmeralda,
y en el jardín revienta
de orgullo y de arrogancia.

Las fiestas que las flores
forman antes del alba,
él las alumbra y dora
con su bujía clara.

Él en la oscura noche
por las tinieblas pasa,
llevando á los insectos
á su gentil morada;

al resplandor dudoso,
bellísimas irradian
de los alados seres
las clámides bordadas.

Rondando por las hojas
que en la pared se enlazan,
se baña en la azucena,
se mece en la campánula.

Guardian de los amores
y de sus noches lámpara,
bordea el arabesco
que ciñe la ventana.

Por la andaluza reja
deslízase y resbala,
como un beso de fuego
que á linda boca aguarda.

Ya en lento andar recorre
las espinosas zarzas,
ya sube á los mastranzos,
ya la chumbera escala.

Sus resplandores de oro
encienden las cañadas,
y las medrosas cuencas
llenan de luz fantástica.

Baña, luz misteriosa,
las noches de mi patria,
y sé de los amores
la cariñosa lámpara.

Bordando el arabesco
que ciñe la ventana,
báñate en la azucena,
mécete en la campánula.

ÍNDICE

	Páginas.
NOTA	7
CARTA-PRÓLOGO	11
A misa	29
La riña	31
La canción del vinagre	37
La mariposa	41
Rie que ríe	49
La margarita	51
Las gotas de agua	55
Collar	57
Perspectiva	61
El ruido de los élitros	65
La cigarra	69
Desposorio	71
La fiesta	73
La chumbera	77
Los hilos de araña	81
En los olivares	85
Candilazo	93
La clueca	97
La zorra	103
La colmena	111
La caja de pasas	117
Las semillas aéreas	119
Los rastrojos	123
La siesta en la ciudad	127
Los murciélagos	131
Vides y mieses	135
El gazpacho	137
La sequía	139
El gusano de luz	143

CATÁLOGO

A. Pérez Nieva.

	Pesetas
Historias callejeras, novelas cortas... ...	2
Esperanza y Caridad.....	4
El alma dormida, primera de la serie *La clase media*.....	2
Los Gurriatos, novelas cortas (edición de gran lujo con multitud de fotograbados).	3
María sin pelo..	1,50

Juan Tomás Salvany.

Un buen partido.....	1
Emociones (nuevas poesías).....	3

Pedro J. Solas.

El amigo íntimo.....	1

José Zahonero.

Inocencio con Inocencia	1

Luis de Ansorena.

El buen Jeromo.....	1

Melchor de Palau.

Verdades poéticas.....	1
Nuevos cantares.....	1

Narciso Díaz de Escobar.

Más cantares.....	1

J. Navarro Reza.

Transmigración carnal.....	1

D'Artagnan.

	Pesetas.
Figuras... al desnudo	1

Plácido.

¡Qué noche aquella!	1

Manuel Amor.

Mendo de Maceda ó los amores de un noble.	1

Cooper.

Los dos Almirantes	5

Espronceda.

Páginas olvidadas	2

A. de San Martín.

Glorias de la Marina Española	3

Malgorry.

Cálculos de cuentas corrientes con interés...	1

Gladstone.

Cuestiones constitucionales, (1873 á 1878)...	3

Emilio de la Cerda.

Tipos andaluces (segunda edición)	1

Manuel Cubas.

La madrastra	1

Porthos.

Lo que enseñan las mujeres	1

Salvador Rueda.

Tanda de Valses (edición de gran lujo)	3,50
Cantos de la Vendimia	2